

JONATHAN AMES



EL

ACOMPANÑANTE



Del creador de *Bored to Death*

EL ACOMPAÑANTE

Jonathan Ames

Traducción de Carlos D. Lozano W.



EN REALIDAD, NUNCA ESTUVISTE AQUÍ

V.1: Julio, 2015

Título original: *You Were Never Really Here*

© Jonathan Ames, 2013

© de la traducción, Carlos D. Lozano W., 2015

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2015

Imagen de cubierta: © CSA Plastock / iStock Photo

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Publicado por Principal de los Libros

C/ Mallorca, 303, 2^o 1^a

08037 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-16223-32-9

IBIC: FH

Depósito Legal: B. XXXXXXXXXX

Maquetación: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización por escrito de los titulares, con excepción prevista por la ley.

EN REALIDAD, NUNCA ESTUVISTE AQUÍ

**Un héroe cuya arma favorita es un martillo...
claramente tiene problemas**

Joe es un ex marine y ex agente del FBI, solitario y perseguido, que prefiere ser invisible. No se permite ni amigos ni amantes y se gana la vida rescatando jóvenes de las garras de los tratantes de blancas.

Un político lo contrata para que rescate a su hija de un burdel de Manhattan, y entonces Joe descubre una intrincada red de corrupción que llega a lo más alto. Cuando los hombres que lo persiguen acaban con la única persona que le importa en el mundo, abjura de su voto de no hacer daño a nadie. Y si alguien puede abrirse paso hasta la verdad a fuerza de cadáveres, ese es Joe.

En realidad, nunca estuviste aquí es un homenaje a Raymond Chandler y a Donald Westlake y su serie sobre Parker. En esta dura y emocionante novela, Ames desafía los límites de la novela negra y crea un protagonista demoledor y psicológicamente perturbado que salva a otros pero es incapaz de salvarse a sí mismo.

ÍNDICE

Capítulo 1

- El sostén
- Prohibido fornicar
- El joven caballero

Capítulo 2

- La llegada
- El siguiente acontecimiento
- La ópera
- El acompañante
- Otto Bellman y su grupo suizo de canto a la tirolesa

Capítulo 3

- Me sentía conectado a las mujeres de toda América
- El cerdito Porky se cayó por un acantilado
- Un acuerdo internacional sobre las virtudes de la castidad
- Azotes anticrisis
- Caliente para las cucarachas, frío para el plomo
- ¿Eres judío?
- Uno de los mayores engaños de todos los tiempos

Capítulo 4

Todas queremos ser una mujer fatal
Conocí a alguien judío
Los americanos se preocupan demasiado por los deportes
En el Queens profundo

Capítulo 5

El duque judío de Windsor
¿Había animales?
Esto es sólo una grabación
La reina tiene cincuenta habitaciones

Capítulo 6

Cuatro doncellas con dientes de leche
El Fuerte Schuyler
Pechos, por favor
Te cortaré el pelo como a Salomé
Tienes una erección, ¿y después qué?
Has traído mucho papel higiénico a mi vida

Capítulo 7

Pulgas, coches y Florida
Toda la ciudad tiene pulgas
Vio un trozo de queso y causó estragos con él

Capítulo 8

Ni hetero ni gay, un poco de ambos
Mi psicoanalista, Gershon Gruen
Notaba algo debajo del culo
¿Estás evacuando bien?
El hombre esencial

Capítulo 9

¿Qué le sucedió a Danny Kaye?

Los hombres todavía están al mando allí abajo

Capítulo 10

Ella me quería

La gente muere, surgen nuevos

Otto Bellman recoge su correo

El regreso del sostén

En las profundidades de Bay Ridge

Todas las queens estaban muertas

Capítulo 11

Como Don Quijote y Sancho Panza

No tengo nada más que decir de América

La vida de un fugitivo

Yo era como Lady Macbeth

El queso que se está comiendo es muy bueno

Lagerfeld ha vuelto

Una corbata que se sumerge

Capítulo 12

Son los de tu misma generación los que te hunden

Daphne quiere beberse el jarabe para la tos y fumar cigarrillos

Gracias, querido

La vida pasa volando

Pareces prácticamente de clase media

La primera vez que imaginé a una chica era exactamente como ella

Rusia

Agradecimientos

Sobre el autor

Capítulo 1

El sostén

Vine a Nueva York por dos razones: encontrarme conmigo mismo y comenzar una nueva vida. Aunque, para ser honestos, la verdadera razón era huir de un asunto turbio que ocurrió en la escuela Pretty Brook Country Day en Princeton, Nueva Jersey.

Durante cuatro años fui un respetado profesor de inglés en esa escuela, justo desde que me gradué en la universidad, pero un sostén se convirtió en mi ruina.

Me lo encontré un día en la desierta sala de profesores tras terminar las clases, a finales de la primavera de 1992. Un tirante blanco asomaba de la bolsa de deporte de una de mis compañeras, una tal señorita Jefferies. A quien, por cierto, encontraba atractiva aunque eso no es relevante en la historia. Ella era la entrenadora asistente de tenis y, en aquel momento, supuse que se había cambiado el sostén por otro más deportivo y que estaba fuera practicando con las chicas.

Cuando vi ese tirante colgando de la bolsa como una serpiente me inquieté pero decidí actuar de forma virtuosa e ignorarlo. Para demostrar mi entereza me senté en mi pequeño escritorio a corregir trabajos, que era para lo que

estaba allí. Todos los profesores teníamos un pequeño escritorio en la sala para trabajar y después de corregir tres o cuatro ejercicios de gramática de séptimo grado, me olvidé por completo del sostén. Pero me entró sed y fui a la fuente a beber un poco. Sin darme cuenta, mis pies me llevaron justo al lado de la bolsa de deporte de la señorita Jefferies y ahí, como por arte de magia, se me enganchó el tirante en el dobladillo de los pantalones caqui y el sujetador apareció de la bolsa como si se tratara del pañuelo de un mago.

Sólo sentí un leve tirón, como un mordisco, vi una mancha blanca por el rabillo del ojo y cuando me di cuenta de que se trataba del sostén, mi primer impulso fue mirar hacia la puerta. ¡No venía nadie! Entonces miré el sostén. Observé el casi invisible estampado de flores en el material blanco, las generosas copas sólidamente forradas cuyas formas significaban mucho y los blancos cierres hechos para una bonita espalda.

«Dios, es precioso», pensé. Quería cogerlo y llevármelo a casa. Como un ladrón, volví a mirar hacia la puerta. En ese momento, entré en razón: ¡estaba en Pretty Brook! Sacudí la pierna y el sostén se desenganchó. Entonces le di una patada como si fuera un futbolista, con la intención de meterlo en la bolsa, pero sólo se deslizó unos centímetros antes de detenerse. Allí estaba todavía, tendido sobre la alfombra marrón.

La debilidad ganó la batalla. Me agaché rápidamente y recogí el sostén. Me excité en cuanto lo toqué. Palpé los aros de las copas. ¡Para qué tamaño estaban hechos! ¿Por qué no podía yo tener esos pechos? Entonces me llevé una copa a la nariz y olfateé el aroma que desprendía. Era embriagador. Después cometí una locura: coloqué el sostén por encima de mi abrigo de tweed de primavera y me miré en el espejo que había encima de la fuente. Me veía ridículo, también llevaba una corbata, pero aun así tuve

una maravillosa y fugaz sensación de feminidad. Por desgracia, en ese preciso momento, la directora de la escuela de primaria —desde parvulario hasta quinto— entró. Era la señora Marsh, mujer del señor Marsh, el director de Pretty Brook. Me enfrenté con mi verdugo vestida con falda marrón, blusa amarilla y de pelo canoso que, desconcertada y en tono acusador, dijo:

—¿Señor Ives?

—¡Estaba en la bolsa de la señorita Jefferies! —solté de pronto. Algo que, por supuesto, era ridículo e incriminatorio.

Podría haberle quitado importancia, como si fuera una broma, un chiste malo. Podría haber levantado la pierna, esta vez como una Rockette, pero ella ya había escuchado mi frase delatora y había visto la culpabilidad en mis ojos. Para más inri, miró hacia abajo —imposible no darse cuenta— y observó mi protuberancia presionando hacia arriba y a la izquierda —¿tal vez apuntando al norte de Nueva York? ¿O a mi corazón?— que pregonaba a los cuatro vientos que era culpable de los hechos, una prueba mucho más firme que la mirada hambrienta de sexo que había en mis ojos.

A su favor hay que decir que salió de la habitación con discreción sin decir ni una palabra. Me quité el sostén y me pregunté si tendría la suficiente firmeza como para hacer de sogá. Podría llevarlo al baño de caballeros y ahorcarme. Sabía que mi carrera en el Pretty Brook había acabado. Una erección había sellado mi destino.

Tuve la valentía de seguir trabajando el resto de la primavera, pero nadie me pidió que volviera en otoño. Supuestamente no me renovaron el contrato por recortes presupuestarios y por la disminución del número de alumnos, aunque yo conocía la verdadera razón por la que no entraba en el presupuesto.

Pasé la mayor parte del verano deprimido y avergonzado. Me gustaba enseñar. Disfrutaba aparentando

ser un profesor y vistiéndome como tal, aunque sólo impartiera clases a séptimo grado. Pero me daba miedo solicitar otros puestos de profesor. Temía que el Pretty Brook diera pésimas referencias de mí: «Es muy bueno con los niños pero sospechamos que es un travesti».

Tenía algo de dinero ahorrado pero no iba a durarme mucho porque pagar el préstamo de la universidad. Podía pedir el subsidio por desempleo, pero no me empezarían a pagar hasta otoño y, además, no era una solución. Preocupado por el futuro, empecé a caminar por las calles de Princeton, llenas de hileras de bonitos y elegantes árboles. A menudo me dirigía a la calle Nassau, que era la avenida principal, aunque me aseguraba de no pasar por el escaparate de la tienda de La lencería de Edith.

Durante mis paseos veía a los antiguos estudiantes y sus alegres saludos me animaban aunque, al mismo tiempo, me deprimían. Pero, en general, caminar por Princeton me sentaba bien; es una comunidad bastante civilizada y refinada. No hay nada igual en Nueva Jersey, incluso me atrevería a decir que en el resto de Estados Unidos. Tiene ambos estilos: el inglés y el sureño. Hay grandes mansiones coloniales, casas de clase media con terrazas que rodean la vivienda, un vecindario humilde de negros con tendedores que ondean como si fueran banderas internacionales y, por supuesto, la Universidad de Princeton, que lo observa todo desde sus estremecedoras torres góticas y que descansa majestuosamente detrás de sus puertas como si se tratara del palacio de Buckingham.

En el centro de la ciudad, frente a la calle Nassau, hay un precioso espacio cubierto de césped con viejos árboles, flores y muchos bancos. Se llama plaza Palmer y se encuentra entre la oficina de correos art déco y el hotel centenario, Nassau Inn. Normalmente terminaba en uno de los bancos de la plaza Palmer cuando me cansaba de caminar.

Debido a la escena espontánea y autodestructiva del sostén que me había costado mi querido trabajo, me vi a mí mismo como alguien enfermo y desequilibrado. Además, había empezado a leer La montaña mágica de Thomas Mann y me sentía identificado con el personaje principal, Hans Castorp, un joven profundamente confundido que durante siete años se interna en un sanatorio en los Alpes suizos donde sigue un tratamiento para la tuberculosis aunque ni siquiera está enfermo. Así que empecé a pensar que mis paseos eran una especie de cura y, al igual que Hans, siempre llevaba un abrigo ligero. Empecé a ver Princeton como un sanatorio gigante y a los que estaban sentados en los bancos de la plaza Palmer como antiguos pacientes, algo que era verdad. Por alguna razón, Princeton había atraído a un gran número de centros de reinserción social que se encargan de diferentes desórdenes mentales y muchos de los residentes se acercaban a la plaza Palmer.

Nos sentábamos en los bancos, esperando, en diferentes estados de desesperación. Dos de los asiduos a los bancos eran antiguos profesores que habían perdido la cabeza. No obstante, admiraba la manera en que todavía atinaban a vestirse, ¡eran tan elegantes! Junto a los que tenían problemas mentales había algunos pensionistas, hombres y mujeres, que no estaban locos pero se sentían muy solos. Era peligroso hablar con algunos de ellos: la única forma de retirarse era levantándose rápidamente, despedirse de manera educada y marcharse dejándolos con la palabra en la boca.

Por esta razón no tenía amigos íntimos entre los compañeros de bancos, sólo conocidos. La única persona que podría haber entrado en esa categoría era Paul, un estudiante del Seminario Teológico de Princeton que se había ido de la ciudad unos meses antes de aceptar el sacerdocio presbiteriano en Adelaide, Australia. Mi único

consuelo, además de caminar, era beber café helado y leer todo lo que podía.

Un día de finales de agosto estaba sentado en mi banco preferido frente a la oficina de correos y aturdido por el calor y la atmósfera del centro de Jersey, donde la humedad en verano puede ser prácticamente amazónica. Esa sensación la había empeorado al pavonearme como un idiota vanidoso con una chaqueta de sirsaca a rayas grises, que puedes llevar en verano en la mayoría de sitios como los Alpes suizos o incluso el sur de Francia, pero no en el condado de Mercer. Por desgracia, ya había terminado La montaña mágica y ahora tenía entre manos Washington Square de Henry James, pero me sentía tan deprimido que no tenía ánimos ni para leer. Mi ejemplar era viejo y en la cubierta había una acuarela del arco de Washington de la Quinta Avenida y me encontraba observándola en un estado de depresión y deshidratación cuando, de repente, supe lo que debía de hacer: ¡irme a vivir a Nueva York!

Visualicé un simple plan: encontrar una habitación barata y un trabajo. Como había sido estudiante de filología inglesa en el programa de honores académicos de Rutgers, pensé que podría buscar trabajo en el mundo publicitario o periodístico. Pero el primer paso era encontrar una habitación, una base de operaciones.

La idea de vivir en un hotel me parecía muy romántica. Me gustaba imaginar que era un joven caballero y que tenía un amable recepcionista de hotel que tomaba nota de los mensajes que dejaban para mí y me decía adiós todas las mañanas cuando salía vestido con chaqueta y corbata.

Al día siguiente cogí el tren a Nueva York. Utilicé la sección de clasificados de The Village Voice como guía y busqué hoteles que se anunciaban bajo el título de «Habitaciones amuebladas en alquiler». Fue fácil encontrarlos ya que me orientaba bastante bien en Manhattan. Crecí en el norte de Nueva Jersey, a unos

ochenta kilómetros del puente George Washington, y durante toda mi vida había ido a Nueva York a visitar museos, a ver obras de teatro y a realizar otras misiones extrañas. Pero hasta que observé la portada del libro de Henry James, no había pensado en irme a vivir a Nueva York.

El primer recuerdo que conservo de la ciudad es la manera en que aparece desde la cima de las montañas Ramapo, en cuya base está ubicada mi ciudad natal: Ramapo. Las Ramapos no forman una imponente sierra — en otros estados serían consideradas grandes colinas— pero cuando era pequeño creía que eran preciosas y desde allí podías ver Nueva York. De día sólo se podían apreciar las partes superiores de los edificios que surgían de entre la niebla gris y la polución. Y por la noche, mi padre a veces nos llevaba a mi madre y a mí a un pico de una de las Ramapos, en un camino que se llamaba Skyline Drive, y decía: «¡Mirad, ahí está Nueva York!».

Se sentía muy orgulloso de haberse mudado de Brooklyn a un lugar con esas vistas. Era prácticamente como si lo hubiese descubierto él. Y era espectacular: edificios perfectamente delineados por luces de un modo que los hacía parecer naves especiales; toda la ciudad brillaba como una corona, como el lejano mundo de Oz.

De alguna manera, todavía no había dejado atrás ese miedo y respeto que sentía por Nueva York, esa sensación de que no era lugar donde una persona como yo podría vivir. Pero tras perder el trabajo en el Pretty Brook y crear una fantasía en la que era un joven caballero en la ciudad, me deshice de mis viejos miedos y me dirigí a los hoteles de Manhattan.

Desafortunadamente descubrí que un joven-caballero-con-escasos-recursos-económicos significa que no se puede quedar en hoteles. Incluso los lugares más baratos costaban quinientos dólares al mes y ofrecían habitaciones

sórdidas y deprimentes. Las camas eran plegables y estaban manchadas, todas las ventanas daban a conductos de aire y, para colmo, tenías que compartir el baño con todos los de la misma planta. Además, los huéspedes que alcancé a ver parecían adictos al crack o a la heroína.

Sólo hablé con una persona, una muchacha. Estaba saliendo del hotel Riverview en la calle Jane del Village mientras yo subía las escaleras. La chica llevaba una funda de guitarra y me dije: «Tal vez aquí viven los artistas. Este hotel podría estar bien». Así que decidí ser sociable y le dije, con una sonrisa:

—Perdone, no soy de la ciudad y me estaba preguntando si este lugar está bien.

Me miró con miedo y, después de echarle un vistazo más de cerca, me di cuenta de que tenía el pelo mugriento y grasiento y se le marcaban bajo los ojos unas bolsas violetas. La muchacha salió corriendo escaleras abajo y, por un momento, me imaginé que era una cantante de folk que había caído en desgracia. Observé cómo caminaba rápidamente por la acera y me percaté de que la funda de la guitarra estaba rota por un lado y no había ningún instrumento.

No había esperado hospedarme en lugares increíbles pero el ambiente de esos hoteles era mucho peor de lo que había imaginado y los recepcionistas no eran ni de lejos como había soñado. Era imposible que se interesaran por mí o que me desearan un buen día cuando me fuera al trabajo. Todos me atendieron desde ventanillas a prueba de balas e incluso con orificios para hablar a través de los cuales era complicado entender lo que decían.

Al final de este primer día de mi nueva vida acabé en una cafetería griega. Me tomé una taza de café y volví a sentir la desesperación que me había acompañado todo el verano. Mi vida obviamente era un asco y me sentía un idiota por haber perseguido el anticuado sueño de vivir en

Nueva York. Quería darme por vencido pero tampoco tenía muchas opciones en Princeton, así que volví a abrir mi arrugado Village Voice. Leí la sección «Apartamentos en alquiler» pero todo era demasiado caro. Sin embargo, bajo el título «Se buscan compañeros de piso» había un anuncio que captó mi atención. Decía lo siguiente: «Escritor busca hombre responsable para compartir apartamento. No llame por la mañana. Puede llamar de madrugada. 210 dólares al mes. 555-3264».

El anuncio era extraño y el teléfono de contacto antiguo, pero también era el más barato de todo el Village Voice, y además, la idea de vivir con un escritor me parecía romántica. Me volví a entusiasmar e inmediatamente llamé al número desde el teléfono público de la cafetería.

—H. Harrison —contestó la voz de un hombre mayor.

—Llamo por la habitación...

—¿Puedes pagar el alquiler?

—Sí, eso creo.

—¿A qué se dedica?

—Soy profesor...

—¿Puede venir ahora mismo? No quiero hablar por teléfono. No soporto todas estas llamadas.

Su actitud fue cortante pero era comprensible si se tenía en cuenta toda la gente que debía de haberle llamado por la misma razón. Le dije que iría a verle enseguida. Me dio la dirección y la anoté en una servilleta. Parecía demasiada suerte haberle encontrado. Vivía en el Upper East Side y su nombre completo era Henry Harrison. Le dije que me llamaba Louis Ives. Nos despedimos, pagué el café y salí rápidamente de la cafetería con la corazonada de que esta vez iba a salir bien. Ese tal Henry Harrison sonaba muy prometedor.

Prohibido fornicar

Cogí el tren número 6 que va hacia el norte y observé mi reflejo en la oscura ventanilla del tren. El cabello, que se me había empezado a caer, parecía espeso y eso fortalecía mi seguridad y me daba ánimos.

Me bajé en la estación de la calle Noventa y seis y bajé por Lexington a la Segunda Avenida. Era temprano, todavía no se había puesto el sol, y la brisa era agradable. La ciudad estaba en calma.

El edificio del señor Harrison estaba en la Noventa y tres, entre la Segunda y la Primera Avenida. Era un viejo piso de ladrillos de cinco plantas —había unos doce a lo largo de la calle— y en el pequeño vestíbulo toqué el timbre adecuado. Su voz se escuchó por el portero automático; obviamente estaba gritando «¿ES EL PROFESOR?». Yo también le contesté gritando:

—¡Sí, soy yo!

Me abrió la puerta y después de subir el primer tramo de escaleras, todavía estaba apretando el botón para permitir el acceso al edificio. Se estaba asegurando de que pudiera entrar.

El apartamento estaba en la cuarta planta y, a pesar de mis paseos en Princeton, me había quedado sin aliento pero también me había vigorizado. Estaba nervioso y mi corazón latía con fuerza. Me sentía como un actor a punto de entrar a una audición. ¡Quería esa habitación que debía de ser la más barata de Nueva York! Llamé a la puerta y escuché a alguien que arrastraba los pies.

La puerta se abrió y, debido a una brisa de aire que salía del interior, olí a Henry Harrison antes de verle. Era una mezcla de olores fuertes a camisas sucias y dulce colonia; era un olor entre salado y dulce.

Después lo vi. La primera impresión fue una mezcla de belleza y decadencia, como una habitación elegante cuyo alto techo está amarillento y se está desprendiendo. Era mayor, rondaría los sesenta y muchos según mis cálculos, pero su cara todavía era sorprendentemente bella. Tenía una nariz bonita, regia y atractiva que acababa en una fina punta, sin manchas ni puntos. Su pelo era castaño oscuro, demasiado oscuro pero era espeso, más espeso que el mío, y lo llevaba peinado hacia atrás como los actores de los años 30. Tenía una barbilla que rebosaba seguridad y estaba bien afeitado pero se había dejado parte de un canoso bigote debajo la nariz. Además, había algo en las profundas líneas que rodeaban su boca y en la mirada salvaje y curiosa de sus ojos oscuros que recordaba a un viejo vagabundo borracho, aunque no olía a alcohol.

—Pase, pase —dijo y cerró la puerta detrás de mí. Extendió la mano, la estrechó con la mía y nos volvimos a presentar para terminar con ese primer e incómodo momento—. Harrison, Henry. Henry Harrison.

—Louis. Louis Ives —respondí dejando caer la mano.

No era un hombre alto. Medía un metro setenta y cinco aproximadamente y llevaba un blazer azul desgastada, unos pantalones marrón claro y una camisa roja abotonada. El lado izquierdo del cuello de la camisa se había escapado de la solapa de la chaqueta y apuntaba como si fuera un dardo rojo.

Yo llevaba prácticamente lo mismo; un blazer y unos pantalones caqui, pero mi ropa estaba en mucho mejor estado. No lo juzgué por su raído atuendo: de inmediato pensé en su edad y me preocupé, aunque también me alegré, por que él viera que yo vestía de manera similar.

—Esto es todo —dijo, moviendo el brazo con la intención de abarcar todo el apartamento—. Es horrible pero da la sensación de ser un lugar seguro y, al mismo tiempo, disparatadamente alegre.

Estábamos de pie en la pequeña cocina del apartamento. Estaba abarrotada, cubierta de polvo e iluminada tenuemente por una lámpara de techo. La mesa de la cocina era una puerta que descansaba sobre dos archivadores. A mi derecha, un gran armario de platos sobresalía de la pared. Sobre el armario había un baúl y, encima de éste, varias maletas amontonadas hasta el techo. Me gustaba el baúl; me hacía pensar en cruceros por el océano. En la esquina de la cocina había un globo plateado de nochevieja que estaba arrugado como una pasa pero todavía flotaba y que, probablemente, era el motivo de esa sensación de disparatada alegría.

En la pared izquierda de la cocina había un gran ventanal por el que se veía el salón.

—Deja que te enseñe tu habitación —dijo—. Y si no puedes quedártela, no vamos a molestarnos en hacer una entrevista.

Había un sendero serpenteante por el que se podía pasar a través del desorden de la cocina (botellas de vino, sillas de cocina unidas por alambre, una bicicleta estática, una bolsa de golf de metal, libros y periódicos). El señor Harrison recorrió ese sendero y me llevó hasta la puerta de la derecha.

El camino estaba hecho de tiras de alfombra naranja manchada de al menos dos tonos distintos. El suelo que había debajo era viejo y de madera oscura y, aunque creía que era llamativo para un apartamento en Nueva York, la madera parecía podrida. Al seguir al señor Harrison me llegó su olor dulce y salado —en realidad invadía todo el apartamento— y me gustó: olía a vida.

Cruzamos la cocina en unos cuatro pasos y entramos en la siguiente habitación.

—Esta de aquí será su habitación —dijo—. Me temo que no es muy bonita. —Habla en un tono tan bajo que parecía avergonzado por la apariencia del apartamento

pero enseguida regresó su seguridad y dijo—: Pero es difícil encontrar buenos inquilinos que cuiden el buen estado de las cosas.

—Creo que es perfecta —repuse, lo cual no era verdad pero había que ser educado. La habitación era minúscula y estrecha y la cama se limitaba a un colchón gris en un armazón de metal con ruedas. Una de las ruedas traseras había desaparecido; por ese motivo la pata estaba apoyada en una portada recortada de un viejo libro. La cama llenaba casi toda la habitación; sólo quedaba el espacio justo para un sendero naranja que llevaba al baño. Al lado de la cama había una pequeña mesita de noche con una lamparita y, junto a ésta, un armario con los laterales contrachapados abiertos.

—Puede quedarse la ropa que hay en el armario —dijo—. Y cualquier cosa que encuentre en los archivadores de la cocina.

Había una ventana en la habitación pero parecía que daba a un conducto de ventilación. Se oían los arrullos de las palomas.

—Se oyen a las palomas —dije.

—Sí —contestó—. Es fantástico tener acceso a la naturaleza.

Seguimos el sendero naranja y entramos en el estrecho baño. Estaba mugriento y asqueroso. Había un parche de alfombra azul en el suelo y un juego de estanterías pintadas del mismo color que combinaban con la alfombra. En las baldas había docenas de ungüentos y artículos de tocador que, en su mayor parte, estaban gastados y viejos. En lo alto había una peculiar escultura; parecía una grada de un teatro griego hecha de pequeños botes de champú cubiertos de polvo que tenían el logo y el nombre de varios hoteles.

El baño no tenía lavabo; sólo había una ducha y un retrete. Colgado sobre el váter había un cuadro con un

dibujo a tinta de una mujer de la época victoriana que sostenía un ventilador frente a su cara.

—¿Se lava los dientes en el fregadero de la cocina? —pregunté.

—Sí —respondió—. Cuando me acuerdo.

Tiré de la cadena del retrete para ver si funcionaba e hizo un ruido estrepitoso, como si fuera un motor. Harrison se disculpó diciendo:

—Funciona pero creo que tiene un motor fuera de borda. Le gusta fingir que es un yate que se dirige al mar. Puede que el fontanero lo haya robado de un barco de Long Island, donde vive.

Después salimos del baño por la habitación, cruzamos la cocina y entramos en el salón; todo eso en unos diez pasos. El salón era la habitación más grande del apartamento y donde acababa el sendero naranja. De hecho, el suelo estaba cubierto con dos capas de alfombras: una naranja claro y la otra marrón anaranjado. El salón era el océano donde el sendero, como un río, desembocaba y encima de este océano había dos grandes ventanas que daban al norte con unas cortinas gruesas y sucias. Las vistas se limitaban a las ventanas traseras de los edificios de la calle Noventa y cuatro y, encima de los tejados se distinguía el cielo del ocaso.

—Aquí es donde duermo —dijo el señor Harrison señalando un estrecho sofá colocado en la pared bajo la ventana interior—. Pero también es el área comunitaria para relajarse. Aquí el estilo de vida es de barracón pero se puede sobrellevar.

Al lado del sofá-cama había una mesita de café que era como un microcosmos de todo el apartamento: estaba cubierta con cientos de peniques, facturas sin abrir, aspirinas sueltas, una copa de vino y un bol lleno de bolas de Navidad que seguían brillando incluso con el polvo que las cubría.

Había dos sillas de madera con asientos acolchados. Harrison se sentó en la de la esquina derecha y yo me senté en la silla que estaba cerca de su cama.

—Se supone que ahora tenemos que hablar —dijo—. Ver si somos compatibles... ¿Me puede repetir su nombre? ¿Era algo así como V. Eaves?

—Ives —repuse—. Louis Ives.

—Suenas a inglés, pero usted parece alemán. ¿Es alemán?

—No... bueno, la rama de mi padre es austriaca —contesté, y aunque no era mentira, tampoco era completamente cierto. Una de las peculiaridades de mi vida es que aunque soy cien por cien judío y me siento muy judío, mi apariencia es aria. Soy rubio, tengo los ojos azules, mido más de metro ochenta y soy de constitución delgada pero bastante atlético. Parece que mi cuerpo está pegado a la nariz pero la mayoría de la gente me mira el cabello y asume que mi nariz es aguileña o romana, cuando en realidad es judía.

Temía que al señor Harrison no le gustaran los judíos y por eso le hice creer lo de Austria. La verdad es que la familia de mi padre procede del imperio austro-húngaro y vino a Estados Unidos antes de la primera guerra mundial, aunque eso no tiene nada que ver con que sea rubio. La familia de mi padre y mi propio padre eran muy morenos. La tez blanca la heredé de mi madre y sus ancestros que eran judíos rusos, específicamente de un shtetl que había cerca de Odessa donde los judíos de ojos claros eran bastante comunes. No le mencioné Rusia al señor Harrison porque reivindicar una herencia austriaca era una mejor tapadera y creía que le gustaría más como compañero de piso si pensaba que era ario. Intentar esconder mi identidad judía es una debilidad de mi carácter.

—Debieron de haberse cambiado los apellidos a Ives en Ellis Island —dijo.

—La típica historia de inmigrantes —repuse, aunque no le aclaré que el nombre original era Ivetsky.

—Austriaco —musitó. Acto seguido sonrió y dijo—: Podría ser un príncipe perdido de los Habsburgo.

—No creo —dije, aunque me tomé su comentario como un cumplido.

—Siempre quedará la esperanza —comentó Harrison—. Podría tener sangre real y una vasta fortuna de la que ni siquiera es consciente. —Abandonó su acento habitual que sonaba casi a inglés británico pero que en realidad era un inglés americano bien pronunciado y comenzó a hablar en un irlandés vulgar—: Pero hasta entonces tendrás que buscar cobijo con gente como yo.

Sonreí con timidez. Era un gran excéntrico y me sentía intimidado. Quería divertirlo e impresionarle pero sólo me salían palabras educadas y agradables.

—¿Dónde vive ahora? —preguntó.

—En Nueva Jersey —contesté.

—¿Por qué se muda a Nueva York?

—He impartido clases durante años pero ahora quiero hacer algo nuevo... Algo así como buscarme a mí mismo. —Creí que apreciaría ese objetivo ya que en su anuncio decía que era escritor.

—En Nueva York no se encontrará a sí mismo. Nueva Jersey es mucho mejor para ese tipo de cosas; mucho menos depravado.

No estaba seguro de cómo responder a ese comentario sobre la depravación y entonces me di cuenta de que sobre la cabeza del señor Harrison había una pintura de la Virgen María tallada en madera.

—Sólo bromeaba. En realidad no me estoy buscando a mí mismo, simplemente quiero un nuevo trabajo —farfullé.

—¿Por qué no quiere seguir enseñando? —preguntó.

—Había problemas presupuestarios en mi escuela y yo era uno de los profesores con menos experiencia, así que dejaron que me marchara. —Esa mentira era lo más cercano a la verdad que podía contarle—. Lo veo como una oportunidad para intentar algo nuevo.

—¿Dónde enseñaba?

—En Princeton.

—¿¡Princeton?!?

—En la universidad no, en una escuela privada que se llama Pretty Brook. Sólo impartía clases a séptimo grado aunque daba paseos hasta la universidad y utilizaba la biblioteca.

—¿Cómo es Princeton en la actualidad? Mi tío fue allí, al principio era magnífica pero luego dejaron que las mujeres se matricularan. Eso la destruyó, estoy seguro de que se convirtió en una universidad del medio oeste.

—Sigue siendo una universidad excelente —repliqué—. No hay ninguna razón por la que las mujeres no deban ir.

—¡Estoy en contra de la educación de las mujeres! —declaró—. Les nubla el sentido, el instinto. Les afecta a la función en la alcoba y les dificulta la habilidad para cocinar.

—¿De verdad lo piensa? —era demasiado excéntrico, estaba demasiado loco. ¿Cómo iba a poder vivir con él? Pero a pesar de eso, lo encontraba encantador y quería gustarle.

—Sí —respondió—. Las mujeres no deberían ir a la escuela porque se vuelven insoportables. Consiguen trabajo y creen que somos iguales cuando está claro que son inferiores en todos los aspectos... Son buenas madres y cocinan bien. Las mujeres que más me gustan son las de Williamsburg, las jasídicas. Parece que tienen buen estilo: llevan vestidos a cuadros como Mary Pickford. Sin embargo, no me gustan nada los trajes de los hombres. No

es muy atractivo llevar coleta. Además, los sombreros negros no son muy buenos. Deberían deshacerse de ellos.

Me alivió que dijera algo bueno sobre los judíos. No parecía antisemita y le gustaban las mujeres jasídicas. Después de todo, quizá podría vivir con él y así no tendría que esconder mi identidad y las cosas serían más fáciles. Aun así, el lugar estaba hecho un asco y aunque era barato, mi madre me había educado para que fuera higiénico. Permití que la conversación siguiera pero la conduje hacia un territorio más neutral, lejos de los jasídicos, para evitar que Harrison dijera algo en tono despreciativo y antisemítico que me hiciera sentir incómodo.

—Bueno, el campus de la Universidad de Princeton todavía es muy bonito —dije.

—Recuerdo que mi tío me llevó allí durante una de sus reuniones —comentó—. Iba a clase con Fitzgerald. Decía que si pudo escribir A este lado del paraíso fue sólo porque él también estaba allí. Mi tío era un idiota.

—¿Le gusta Fitzgerald? —pregunté. Fitzgerald siempre había sido uno de mis autores preferidos y gracias a sus relatos acabé pensando que un joven caballero podía vivir en un hotel.

—Por supuesto —contestó—. Su prosa es como un cóctel de música, pero no habrá más Fitzgeralds. Para ello se necesita un ambiente puramente masculino... tal vez surja un Fitzgerald entre los musulmanes. Se les da bien separar sexos.

Me imaginé durante un segundo una nueva versión de El gran Gatsby escrita en árabe, traducida y creando gran sensación aquí.

—Me encanta la obra de Fitzgerald. De hecho, lo que me llamó la atención de su anuncio fue que decía que era escritor. ¿Qué es lo que escribe? —le pregunté al señor Harrison.

—Soy dramaturgo.

—¿Está trabajando en algo actualmente?

—Intento terminar mi chef d'oeuvre. Es una comedia erótica sobre los Shakers. ¿Sabe quiénes son los Shakers?

—Conozco a los cuáqueros y creo haber oído hablar de los Shakers.

—Desaparecieron porque no creían en el sexo, sino que eran partidarios de agitar la sociedad. Aunque de vez en cuando reaparecen sólo para extinguirse de nuevo. Es como un juego: desaparecen y vuelven a aparecer. La obra será un Hamlet al estilo cómico, una obra dentro de otra.

Cuando sacó el tema del sexo pensé que debería preguntar algo obvio. Tenía la esperanza de que si me mudaba a Nueva York me enamoraría —otra idea gracias a Fitzgerald— y podría acostarme con una mujer. Por eso pregunté con timidez y lo más discretamente posible:

—Si me mudo aquí, ¿podría traer invitados?

—¿Se refiere a invitados que pasen la noche aquí?

—Sí.

—¡No! Por supuesto que no. El apartamento es muy pequeño. ¡Prohibido fornicar! Ni siquiera podría concebir tener sexo aquí. —Su voz se fue apagando y bajó la mirada al suelo—. De todas formas, estoy retirado de todo eso.

—Lo siento —dije—. No quería ser grosero —estaba avergonzado y miraba a la Virgen que había sobre su cabeza. También había otros marcos antiguos colgados en las paredes pero no tenían pinturas, sólo enmarcaban el color rosa de las paredes.

—La iglesia, ya sabes, intenta con todas sus fuerzas que la gente no practique sexo —comentó—. Si no fuera por ellos, se desataría el infierno. Hay que resistir. Es necesario decirle a la gente que no tenga sexo. Si se hace con vehemencia, la mayoría de las personas renunciarán al sexo y desarrollarán otros intereses, como jugar al mahjong. Descubrirá que estoy de acuerdo con el Papa en la mayoría de estos temas.

Seguía pensando que Harrison era una persona demasiado excéntrica pero también estaba ese constante toque de ironía en todo lo que decía, algo que parecía indicar una clara inteligencia y sensatez. Harrison era consciente de que era extravagante pero exponía sus creencias de forma sincera.

Como quería arreglar las cosas después de mi comentario sobre los invitados para ganarme de nuevo su favor, después de lo que dijo sobre el Papa le contesté:

—Me gusta mucho esa pintura de la Virgen María.

—Oh, sí, la encontré en un rastrillo de Nueva Jersey. La gente de Nueva Jersey es muy virtuosa. Todos los buenos se fueron allí y los que no tenían remedio se marcharon a Long Island. El gobierno de Nueva Jersey es una porquería pero la gente es buena. Se podía ir allí y registrar un coche sin tener seguro. Nueva Jersey era una bendición. Se podía hacer cualquier cosa. Necesitamos un estado como ese de nuevo.

—He pasado en Nueva Jersey casi toda mi vida. Crecí allí —dije.

—Esa es la mejor referencia que podría darme.

Dos de mis inseguridades habituales se disiparon: le gustaban las mujeres jasídicas y le tenía aprecio a Nueva Jersey. Siempre temo no gustarle a la gente por ser judío, sobre todo a la gente como el señor Harrison que, a pesar del pésimo estado de su ropa y de su extraño apartamento, parecía un inglés de clase alta. En cuanto a mi herencia de Nueva Jersey, el miedo que le tengo a la fama del estado es casi peor que el miedo al antisemitismo. Todas las clases sociales tienden a mirarte por encima del hombro cuando mencionas que eres del «Estado del Jardín». En ambos casos me sentía muy bien sobre cómo estaba yendo la entrevista así que decidí devolverle al señor Harrison la buena opinión sobre los judíos y Nueva Jersey con otro cumplido:

—Me gustan los marcos vacíos —dije—. Son muy interesantes.

—La mayoría de los marcos son más bellos que las pinturas en sí —repuso—. Y más baratos.

Después hablamos brevemente sobre el dinero. Como decía en el anuncio, alquilaba la habitación por doscientos diez dólares al mes, más cuarenta dólares para la electricidad, el mantenimiento de línea y la tele por cable. El precio era muy razonable; de hecho, eran cien dólares menos de lo que estaba pagando en Princeton. Tenía suficiente dinero ahorrado para un mes o dos de vida frugal y para pagar el préstamo mientras buscaba trabajo. El dinero no era un problema, pero no sabía si podría vivir en esas habitaciones estrechas y sucias. Tenía el presentimiento de que no. Terminamos la entrevista jugando nuestras mejores cartas.

—Vamos a pensarlo y mañana hablamos —dijo él.

—Sí, suena bien —respondí y le di mi número de teléfono. Mientras lo escribía, le pregunté—: ¿Se ha entrevistado con otros candidatos?

—Docenas. Pero usted es el único de Nueva Jersey y habla inglés.

Nos levantamos. Por un momento, mi mirada se detuvo en las bolas de Navidad de la mesita de café y afirmé, haciendo un último cumplido:

—Me gustan las bolas de Navidad.

—Me encantan —afirmó—. ¿No cree que son preciosas? Me encantan los colores, la forma en que captan la luz. Si alguna vez quiere regalarme algo, que sean bolas de Navidad. Aunque, por supuesto, lo que realmente me gustaría es un bol de joyas. La reina tiene joyas.

Me mostró la puerta, caminamos por el sendero naranja, abrió la puerta y salí al pasillo.

—Adiós —dije, ofreciéndole la mano para estrecharla con la suya. No estaba seguro de si lo volvería a ver algún